

## La reideologización primaria

Víctor Meza

Siempre me ha provocado rechazo y resistencia política la tendencia, muy marcada por cierto en pequeños círculos extremistas tanto de la izquierda como de la derecha (viejas entelequias aristotélicas que siguen siendo asumidas como categorías de análisis en estos tiempos), a considerar los procesos históricos y las coyunturas políticas como si fueran el resultado de conspiraciones preconcebidas, que son urdidas en rincones siniestros y clandestinos que existen al margen de la realidad social de cada momento dado de la historia. Es – permítaseme la paráfrasis – la visión conspirativa de la historia, que dio base y sustento a tantas interpretaciones absurdas y siniestras que fueron fuente de las deformaciones y atrocidades que se cometieron en contra de la humanidad, tanto desde el ámbito de la “derecha” como de la “izquierda”. Los ejemplos sobran y, para quienes dudan de ello, basta que lean (o releen) los procesos estalinistas de los años treinta del siglo pasado en Moscú y las abundantes narraciones sobre las atrocidades cometidas por el nazismo alemán en la primera mitad del siglo veinte. No hace falta abundar en tan nauseabundos y lamentables detalles.

Por eso me preocupa una cierta “reideologización primaria” que, con demasiada frecuencia, se observa al interior de nuestra sociedad, a juzgar por los “debates y discusiones” que se producen en torno al desarrollo y futuro de la situación política del país. Es como si en lugar de avanzar, retrocediéramos, volviéramos a tiempos superados para recuperar los viejos conceptos, las antiguas antinomias ideológicas y conceptuales para encontrar “armas” y argumentos – más valdría decir argucias – en el viejo arsenal de la guerra fría. En lugar de buscar soluciones a tono con los nuevos desafíos y retos, preferimos retroceder y hurgar en los antiguos desvanes ideológicos para hallar los instrumentos que consideramos más apropiados y librar las nuevas batallas políticas. Algo así como pelear las nuevas “guerras” ideológicas con los antiguos arcabuces y cerbatanas de la guerra fría.

La visión conspirativa de la historia es, esencialmente, reduccionista, y, por lo mismo, limitada y limitante. Nos condena a paradigmas ya establecidos, a “verdades” incuestionables, versión “científica” de los dogmas religiosos. No nos permite ver las nuevas aristas, los aspectos novedosos que incorpora y produce la historia, el devenir de los tiempos, la modernidad. Nos encasilla en una especie de maniqueísmo paralizante en donde todas las cosas son buenas o malas, blancas o negras. Sin espacio para los espacios grises, sin opciones para la visión plural y ecléctica de la vida, tanto social como natural. Es una camisa de fuerza conceptual, propia para la religión o el militarismo, pero no para la ciencia. Es la muerte y negación del análisis científico y racional.

Esa visión, reduccionista y limitante, nos impide ver la naturaleza dinámica de los procesos históricos. En el caso concreto de nuestro país, no nos deja entender la esencia cambiante y enriquecedora del proceso histórico que Honduras vive desde los meses inmediatos al golpe de Estado pero, principalmente, en los meses posteriores al mismo.

La derecha, torpe y soberbia, limitada y premoderna, no acaba de entender que el cambio es inevitable. Oponerse al mismo es ir contra la historia, es caminar hacia el abismo. Sus representantes más recalcitrantes, los que promueven la represión y la violencia contra los dirigentes de las nuevas fuerzas políticas, no acaban de entender que, por esa vía, sólo aceleran el final de su reinado, la ruina de su imperio. No tienen ninguna opción viable por el camino escogido.

Por otro lado, los que se dan todos los días un baño de triunfalismo, tan irracional como infantil, creyendo que, por la vía de las elecciones se llega al PODER y no al GOBIERNO, tampoco acaban de entender que sus posturas, más utópicas que reales, no contribuyen a la gobernabilidad democrática que Honduras requiere para que se produzca, con la normalidad debida, el libre juego de la alternancia en el ejercicio de la administración gubernamental. Al poder se llega por la vía de la revolución. Al gobierno se llega por la vía de las elecciones. La revolución, por más que la ansiemos y esperemos, no está, lamentablemente, en la agenda política de la Honduras actual. No nos engañemos.

No nos dejemos arrastrar al torbellino irracional de una reideologización, tan primaria como pueril, de los debates internos y la discusión política nacional.

Valle de Ángeles, 03 de noviembre de 2012